

raón, que había llegado á prometerla, revoca y desmiente su palabra. Por fin un día, permite, mal de su grado, la partida ó éxodo; pero con una restricción, la de que debían dejar sus ganados. Tal restricción frustraba todo lo acordado. Un pueblo, económico de suyo, como este pueblo hebreo, no saldrá jamás dejándose á sus espaldas todo aquello que constituye, como el ganado, lo primero y principal de su riqueza. Así no consintió Moisés en pasar por tales restricciones. «Retírate de mí, le dijo el monarca, y guárdate de tornar á ver mi rostro, pues en cualquier día que vieres mi rostro morirás.» Y Moisés respondió: «Bien has dicho; no veré más tu rostro.» En efecto, se había decidido el éxodo de Israel. Aquella noche de su partida los israelitas cenaron, el cingulo en los riñones, el báculo en la diestra y las sandalias en los pies, pan cocido sin levadura, porque la precipitación de su marcha no permitía otra cosa, cordero asado sobre las brasas del hogar, hierbas amargas y cogidas en las orillas del río, aperebiéndose y preparándose así para la pascua ó paso del Egipto á la tierra prometida. Los preparativos de viaje debieron costar mucho, por el empeño de llevarlo todo consigo cada cual; y seguramente no lo emprendieran y acabaran sin la organización que dió á todo ello Moisés, sin la palabra de Aarón, sin el consejo

persuasivo de María. Por fin, seiscientos mil hombres de á pie, sin contar los niños, dejaron la tierra de Gessén para ir en busca de la tierra de Canaán. Y también salió con ellos grande muchedumbre de gentes extrañas y diversas. Así éstas, como los hebreos, extrajeron cuanto poseían, y aun lo que á sus vecinos emprentaran, con especial aquellos ganados á cuya partida se opuso con tanto empeño el soberbio Faraón. La única precaución tomada consistió en cocer tortas sin levadura, tomándolas de una gran copia de masa extraída con precipitación, por no darles tiempo las amenazas egipcias ni aun á detenerse para preparar y aperebir la comida. El santo libro prescribe una conmemoración de tal hecho en las palabras que siguen: «Esta es noche de guardar á Jehovah, por habernos sacado en ella de la tierra de Egipto. Esta noche deben guardar á Jehovah todos los hijos de Israel en todas sus generaciones.» Un desierto debían pasar para ir de Gessén al mar Bermejo, como debían pasar otro desierto para ir del mar Bermejo sobre la tierra prometida. Pero la esperanza de tal modo los mantenía en aquellos primeros instantes, y el desengaño tan lejos se hallaba de sus corazones, que vieron por el ardoroso desierto, donde la vista finge con tal facilidad ilusiones reverberadas por la refracción de aquella luz, espejismos varios que les fingían

una especie de nube, tan encendida en unas horas y tan acuosa en otras, que los guarecía con su sombra de los rayos del sol por los días é iluminábalos por las noches. Avisado Faraón de que huían los hebreos, requirió las armas de su ejército, montó los jinetes de su caballería, unció los carros de guerra y lanzóse airado en su persecución. Pero entonces Dios quiso, en aquel sublime instante, que pasaran á pie enjuto los hebreos, mientras quedaron sumergidos los Faraones. Y he aquí el cántico de Moisés, entonado por María, con quien cantaban en coro las mujeres de Israel. Y dice así este cántico:

«Cantemos al Señor, que, glorificándose á sí mismo, sumergió en la mar el caballo y el caballero. La fuerza y la gloria de Israel están todas en el Señor, que fué nuestra salvación. Él es nuestro Dios, y por eso le glorificamos; Él es el Dios de nuestros padres, y por eso lo exaltaremos sobre todos los seres. Jehovah, es su nombre, Jehovah el nombre de este guerrero invencible. Y Él ha precipitado en las aguas los carros de guerra y los ejércitos de Faraón. El mayor entre los príncipes egipcios yace dentro del mar Rojo. Los abismos le cubren, los abismos que se lo han tragado como si fuera una piedra. Tu diestra, Señor, se ha señalado por su fuerza, tu diestra hiere al enemigo. Aniquilástelo en la inmen-

sidad de tu gloria, consumístelo como débil arista en el incendio de tu cólera. Las aguas se han encrepado al soplo de tu furor, las corrientes se han detenido, los abismos se han allanado en los fondos del mar. El enemigo ha dicho: yo le perseguiré, yo le alcanzaré, yo distribuiré sus despojos y mi corazón quedará satisfecho, yo desenvainaré la espada y lo exterminaré entre mis manos. Has enviado tu aliento, y el mar los ha cubierto y hanse hundido como el plomo en las profundas aguas. ¿Quién te iguala en fuerza, Señor? ¿Quién se asemeja á ti? Grande en tu santidad, terrible en tus prodigios. Extendiste la mano y los devoró la tierra. En tu bondad guiaste á tu pueblo, que has emancipado, y lo condujiste con tu pujanza al lugar de tu santísima morada. Los pueblos se han levantado en su cólera. Los filisteos han sido sobrecogidos de dolor, los príncipes de Edom conturbados, el espanto ha sorprendido á los fuertes de Moab y los habitantes de Canaán se han secado de miedo. Que el frío del terror á tu formidable brazo les invada; que se petrifiquen hasta que tu pueblo haya pasado, este pueblo que has querido hacer tuyo. Tú le conducirás, le establecerás sobre la montaña de tu heredad en la sólida mansión que has construído, Señor, en el santuario que tus manos han fundado. El Señor reinará en la eternidad más que duren los siglos.

Faraón ha entrado en el mar con sus carros, con sus caballos; el Señor ha arremolinado sobre él todas las aguas, y los hijos de Israel han pasado á pie enjuto. Cantemos al Señor, que se ha glorificado á sí mismo, precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

Este cántico, entonado en coro, demostraba que había un pueblo en aquel infinito desierto. El arte servía con sus inspiraciones intuitivas para llevar este pueblo donde la religión intentaba; es, á saber, al reconocimiento de su interior unidad, demostrada por el Dios único, por la fe una, por el cantar unísono como los simoúnes del desierto, y en coro cual conviene á la voz de todo un pueblo. Este combate de una raza oprimida con sus opresores; la decisión de abandonar un sitio delicioso en busca de otro estéril para entregarse á la libertad; el rompimiento y rota de los déspotas por una idea superior en fuerza y vigor á ellos y á sus ejércitos; la constitución de un Estado, que se funda por iniciativa de alta inteligencia y se mantiene por el sacerdocio espiritual de la palabra; estas fulgurantes explosiones del arte, subiendo en estrofas de versos maravillosísimos y en cadencias de música sublime á las alturas, enseñan una tan grande transformación del humano linaje, que bien puede llamarse otra la humanidad, libre allá en el desierto

enteramente rendido al espíritu que lo puebla con sus ideas y coronada por la estrella de su Dios, que la espiritualiza y agranda. Comparad el esfuerzo, latente bajo todas las impurezas de una turbia realidad histórica, que redime á Israel, con la servidumbre del troglodita primitivo, abrumado bajo el peso de la materia, juguete vil de la fuerza, y decidme luégo si ha caminado la humanidad entera, saliendo desde la caverna del oso gigante, donde las raíces de su vida se confundían con las raíces de toda la otra vida animal, hasta las cumbres del Sináí altísimo, inundadas por el espíritu de Dios. Aquella tierra epiléptica, sobre cuyos estremecimientos no podíamos poner la planta, se ha trocado en este uniforme y sumiso desierto, que podemos surcar en todas direcciones á nuestro arbitrio; aquel monte, desgarrado por una tormenta interior, vomitando volcánicas erupciones de sus abiertas cimas y agitado por estruendo de terremotos en sus bases, truécase por la granítica, fría, inmóvil, serena montaña, que parece como una escalera de pórfido cuyas gradas brindan una material ascensión á los cielos lejanos; aquella madriguera lacustre, donde reivindicaba el hombre prehistórico los estrechos espacios indispensables á su vida rudimentaria, en combates sin término y sin tregua con los elementos subvertidos y con las especies carniceras y en-

carnizadas, se ha trocado en la tienda clemente, bajo la cual se abriga familia unida por lazos espirituales y agrandada en el seno de Dios, pues una sociedad nueva, una sociedad libre, una sociedad progresiva nace al ideal encontrado en la conciencia humana como esos nidos que se animan de vida, y de aleteos, y de amores, y de cánticos al calor de la primavera. Comprended ahora por qué ha subsistido tanto tiempo el Dios revelado en los desiertos y conducido de región en región por los pobres nómadas pastores designados con los nombres de Abraham y de Jacob. Comprended por qué su tienda portátil, de blanco lino, ha superado los templos construídos con gigantescas moles de impenetrable pórfido. Comprended por qué las tablas sencillas de su moral se han levantado sobre todos los libros y sobre todas las ciencias. Comprended por qué hoy mismo celebramos aquella pascua, comemos en aquella cena, pedimos el pan con que se alimentaron los que comenzaban el éxodo santo, porque aquel Dios es el Dios de la libertad, y los himnos resonantes en las alturas del Horeb y del Sinaí la oda triunfal de la humana conciencia redimida y salvada de un cautiverio como el de Egipto y de un despotismo como el ejercido por los soberbios Faraones sobre las espaldas encorvadas de tantos pueblos siervos.

¿Extrañaréis ahora que nos detengamos en presencia de María y, oyéndola cantar, la saludemos como la primer sacerdotisa de la libertad en el mundo? Yo la veo, después de haber atravesado el desierto que media entre la tierra de Gessén y las orillas del mar Rojo, así como el desierto que media entre las orillas del mar Rojo y las raíces del alto Sinaí, guiando, en compañía de sus hermanos, el pueblo escogido al santuario de su emancipación, y después de haberlo guiado enardecíendolo para continuar y rematar la obra redentora con su poesía y con sus cánticos. Paréceme verla, envuelta en su túnica, que le baja desde la garganta, en pliegues artísticos, á los piés; el velo prendido á la cabeza por un lazo y cayéndole sobre las espaldas y tocándole hasta en los talones; las dos trenzas negras, que descienden sobre su pecho allende la cintura; extáticos los negros y profundos ojos en las contemplaciones celestiales; vibrantes los labios con el cántico; la cítara en las manos, que dan, rozando con sus dedos las cuerdas, una especie de compás al pueblo de Israel para que baile sacra danza en aquellos interminables desiertos, donde la unidad del suelo, la unidad del horizonte, la unidad del sol, revelan el incomunicable nombre de Dios único. Mucho se habla en todas las historias de aquella pitonisa que pronuncia oraculares palabras

sobre la trípode de Delfos; mucho de aquella vestal, que guarda el fuego de la sacra vida romana en el templo consagrado á la diosa Vesta; mucho de aquellas matronas, como Lucrecia y Virginia, en el mundo clásico, sobre cuyos cadáveres se levantaron la república de los cónsules y la democracia de los tribunos, y nadie se acuerda, nadie, al rastrear la historia dolorosa del progreso humano, nadie se acuerda en el mundo moderno, que ha tenido un laurel reservado á todas las glorias, nadie, de una mujer como la María del Sinaí, cuya voz ha entonado en el oído de los siervos la primer estrofa del himno de la libertad. Yo la recuerdo. Su figura está en el templo levantado por mi agradecimiento entre las figuras hieráticas de los más viejos y más antiguos redentores. El cántico por ella entonado en loor al Dios de la libertad y al pueblo de la peregrinación me arroba, como el sermón de la montaña, donde se contienen los apólogos precursores de mis redenciones múltiples; como el coral de aquel monje que da su voz de libertad á mi conciencia; como el himno de aquel revolucionario que celebra la fundición en el calor espiritual de todas las cadenas y el triunfo de todos los derechos. Sin esa primer iniciación en los cielos de la libertad, acaso jamás hubiéramos llegado á esta plenitud de vida en la cual ya poseemos todo nuestro espíritu

por una serie graduada de maravillosos esfuerzos, que tomaron carrera y aliento al pie del Sinaí, cuando María pulsaba su cítara, llenando de ideas vívidas y vivificadoras los desiertos inmensos. La cítara no puede aparecernos en manos á las cuales cuadre tanto como las manos de una hermosa mujer. Esas canciones alzadas en tropel desde los piés del Sinaí á las alturas del cielo, volarán de siglos en siglos y animarán á pueblos de pueblos. Cuantos quieran combatir por el hogar propio, por la patria idolatrada, por la esposa y los hijos, por el sacrosanto derecho, tendrán que repetirlos en toda la redondez del planeta y que aclamarlos como la revelación más pura y más genuina del Eterno. Aquí empieza el cántico de la libertad. Ese Faraón soberbio, que pierde su corona y que se abisma en los mares; ese fortísimo ejército, que se rompe como cosa frágil y se cae despeñado en lo profundo; esos carros de guerra, que se destrozan; esas aguas, que se abren para dejar paso á los oprimidos y se cierran sobre la frente de los opresores ¡ah! representan y representarán por toda una eternidad el primer triunfo de la idea sobre la materia inerte y de la libertad sobre la fuerza bruta. He ahí por qué, si ha cantado al Señor María, nosotros, los emancipados por las estancias de tal himno, debemos cantar á María y aclamarla en todos nuestros agra-

decidos recuerdos como la primer profetisa de la humana libertad.

Volvamos á la narración bíblica: «Y María, dice, la profetisa, hermana de Aarón, tomó cítara en mano, y todas las mujeres en pos de ella salieron tañendo cítaras y provocando á danzas.» Y María les daba lo que llamamos en letras estribillo y en música retornelo, que dice así: «Cantad á Jehovah, porque se ha engrandecido en extremo, sumergiendo al caballo y al caballero en los hondos mares.» Pero el entusiasmo no puede mantenerse mucho tiempo, ni siquiera tras las grandes victorias de nuestra mísera vida y tras sus más naturales exaltaciones. Después de haber vencido, como vencieron, sin combate, por la fuerza divina de su idea, y de haber cantado en versos y cadencias este triunfo, necesitaban los hijos de Israel organizarse de algún modo para continuar una marcha y abrir un camino que no podían parecerse ni á la marcha ni al camino de los nómadas, compuesta como se hallaba la sociedad suya de gentes innumerables, bien diversas de una corta y primitiva familia. Por todas partes debían encontrar obstáculos y pesares. En el mundo, lo que aguardamos brilla como una estrella, y lo que poseemos se oscurece como una noche. Lo primero que sintieran los israelitas en aquella soledad inmensa fué sed y sed,

el gran achaque de los nómadas, la terrible plaga del desierto. Y al tener sed, comparaban instintivamente, sin poder en modo alguno remediarlo, aquella terrible aridez con las fecundísimas aguas del providente Nilo. En tres días no hallaron manantial, arroyo, fuente ninguna. Los pobres no podían materialmente andar. Sus ojos febriles inquirían por todas partes el agua refrescante, y sus labios áridos la invocaban con verdadera impaciencia. Muchos se tendían en aquel suelo abrasado y demandaban á voces la muerte por no poder sufrir tales tormentos. Al cabo de mucho padecer y de mucho andar, dieron felizmente con algún que otro remanso, á cuya vista se lanzaron violentamente sobre aquella su clara linfa. Pero ¡terrible desengaño! eran aguas amarguísimas aquellas y no potables. El pueblo comenzó á murmurar de quienes les habían arrojado al desierto, separándolos del fecundo Nilo. Les habían prometido una tierra fértil y encontraban una tierra estéril; habíanles dicho que los arroyos de leche y miel correrían bajo sus plantas, y no encontraban ni un sorbo de agua con que refrescar sus áridos labios y su paladar aridísimo. Mara llamaron á la tierra por causa del amargor de sus aguas. Pero la sabiduría de Moisés conjuró esta dificultad terrible de aquel terreno, y ocurrió á las necesidades múltiples de aquellas gentes,

endulzando por un procedimiento que sólo él sabía las aguas y devolviéndoles el sabor necesario á la bebida. Luégo tuvieron hambre. Este dolor les afectaba tanto más cuanto que les traía por modo natural á las mientes una instintiva comparación entre su miseria y las múltiples abundancias en que habían allá en Egipto nadado. En vano llovieron los aires el maná tan encarecido por la Biblia. Los israelitas continuaban murmurando á una de su nuevo estado, como dolidos por haberse puesto en cobro, y necesitados de retroceder al mal, de cuyo seno salieran los infelices con tan extraordinario esfuerzo propio y tan patente asistencia divina. La peregrinación por el desierto anticipa, como en símbolo, el estado moral de todos los pueblos que han conseguido una transformación más ó menos radical y profunda. Todos á una se forjan ideas muy halagüeñas respecto de lo porvenir, y todos á una se dejan, cuando lo porvenir se ha trocado en lo presente, pedazos de su corazón sobre los abrojos de la tristísima é impura realidad. Así el hebreo, que tanto se quejara del egipcio látigo y que tantas lágrimas vertiera sobre la tierra antes regada por su propio sudor, después de haber vencido y entonado el himno de victoria, no encontraba la transformación cumplida en el tiempo, armónica y consonante con las esperanzas que abrigara en el pe-

cho. Y los ardores de aquellos climas abrasados, la esterilidad completa de aquel desierto encendido, la sed que secaba sus labios, el hambre de que á cada paso adolecía en los inmensos arenales, hacíale añorarse y echar de menos la vida pasada que aborreciera con tan profundo aborrecimiento. Si pudiéramos aplicar á los viejos tiempos las ideas modernas, con seguridad veríamos aquí, en este desengaño, las naturales reacciones que suceden siempre, como un reflujo necesario, al estallido estruendoso y á la fulguración magnífica de todas las revoluciones excesivas. El maravilloso legislador que los había redimido á todos y sacádoles de la cautividad, no se libertaba del universal anatema, y oía cómo los redimidos por su esfuerzo lo denostaban y maldecían cual nunca denostaron ni maldijeron á los mismos Faraones.

Una de las cualidades que más distinguen á Moisés y más lo exaltan á los ojos de la historia es el arte supremo con que acertó á dividir así el trabajo como el poder entre todos los suyos. Los antiguos déspotas de Oriente se creían monarcas, jueces, generales, pontífices, en una palabra, dioses. En esta confusión de todas las grandes funciones sociales, aglomeradas tristemente sobre una sola cabeza, encontrábase la venenosa raíz del oriental despotismo. Moisés dividió las funciones sociales,

dando á cada cual con acierto la suya respectiva, según sus aptitudes y propensiones. María fué para Moisés el arte semítico en sus dos formas verdaderamente propias de música y poesía. Aarón fué para Moisés el sacerdocio, que pudo él arrogarse á virtud de tantos méritos como lo enaltecían y de las revelaciones que Dios había depositado en su seno. Pues bien; así como María fuera el arte para Moisés y Aarón el sacerdocio, Josué la guerra. Nunca Moisés quiso vincular en sí únicamente la grande autoridad social que deben tener los guías y directores del pueblo. Mientras el caudillo Ameleck les cerraba el camino, Moisés defería la defensa en manos de Josué y se arrodillaba en lo alto de un monte para tender los brazos al cielo y pedirle su inmediato auxilio. Pero no se contentó con dividir entre varios el poder artístico, el poder sacerdotal, el poder militar; dividió también con los suyos las grandes atribuciones judiciales que había ejercido por tanto tiempo y con tanta gloria. El Éxodo, en su capítulo décimooctavo, nos refiere todo esto con una encantadora sencillez. La escena pasa en el desierto entre Jetró, suegro de Moisés, y éste. Y aconteció que á otro día se asentó Moisés á juzgar al pueblo, y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde. Y como el suegro se maravillara y extrañase de que consu-

miera en esto tanto tiempo, díjole cómo todos iban á él en sus diferencias y litigios, necesitando así consumir para su bien todo el día. «No procedes con cordura. Desfallecerás del todo tú y también el pueblo que llevas contigo, porque la faena resulta demasiado pesada y larga para uno solo. Inquire, pues, entre todo el pueblo aquellos varones de virtud, temerosos de Dios y aborrecedores de la mentira y de la avaricia. Constituye uno de ellos como juez sobre cada diez, sobre cada ciento, sobre cada mil, y déjalos juzgar. Para que puedan más fácilmente proceder, y menos errores perpetrar, fija leyes á las cuales puedan ajustar sus decisiones. Deja lo arduo y supremo para la irrevocable apelación á ti. Si esto hicieres, Dios te prosperará.» Y Moisés instituyó los jueces que juzgaron al pueblo. Así aquella sociedad comenzaba obteniendo poco á poco los órganos indispensables á su verdadera organización. Y estos órganos se completaban maravillosamente con uno tan excelso cual ese poder de los jueces que sentenciaban en los varios litigios y discernían, así de lo justo como de lo injusto, y daban en justicia y en razón á cada cual todo aquello que le pertenecía. Por tal manera se fué allá en los surcos del desierto la vida interior de Israel organizando. Y Moisés fué como el poder político, y Aarón como el poder sacerdotal, y María